

concepciones de una teología anglicana que consideraba algo sustantivo y equidistante tanto del catolicismo romano como del Protestantismo.

Las conferencias abordan el tema de la Sagrada Escritura y de la Tradición como normas de fe, en lo que Newman estimaba como exageraciones o errores protestante y católico-romano, para desembocar en la postura equilibrada que el autor cree advertir en el Anglicanismo. Examinan también la Antigüedad como criterio básico anglicano de pureza de doctrina, diferente y en cierto modo opuesto al criterio romano de desarrollo doctrinal en la vida de la Iglesia con el apoyo de un magisterio vivo (conferencia II).

Newman expone críticamente a continuación las cuestiones de la infalibilidad como «punto clave del sistema romano» (conferencias III y IV), y del juicio privado, cuya práctica correcta se hallaría únicamente en el Anglicanismo (conferencias V, VI y VII), que evita en opinión de Newman tanto las restricciones católicas como los abusos protestantes.

Las Conferencias se cierran con un detenido examen de la Sagrada Escritura y su función religiosa y teológica, como registro de la fe y de la enseñanza de Jesús, y como documento de prueba de la Iglesia primitiva (XI, XII, XIII), y con una exposición de las «vicisitudes de la Iglesia en su historia» (XIV). Newman termina estos textos memorables con el intento de demostrar que la Comunión Anglicana es parte legislativa de la Iglesia católica.

Las objeciones anti-romanas de este libro singular, cuya resolución sería tan importante en la conversión del autor, se centran en la acusación de corrupciones doctrinales, dirigida contra Roma por un Newman que escribe en 1837, y en las críticas a la presunta tolerancia romana con respecto a modos populares de de-

voción y culto que no corresponderían al espíritu del Evangelio.

La búsqueda *vía media* se revelaría como una construcción de papel, pero la reflexión acerca de estos extremos llevaría a Newman a descubrir el hecho del desarrollo dogmático, y a advertir asimismo la profunda compenetración y mediación recíproca entre gobierno, culto y doctrina, que existe en la Iglesia. La tercera edición de la *Vía Media*, publicada por Newman en 1877, incluye, en efecto, un importantísimo prólogo *católico*, en el que el autor puntualiza numerosas afirmaciones del texto original anglicano. Este *prólogo* constituye, por lo tanto, una parte inseparable de la obra, y proporciona la clave para su recta lectura.

J. Morales

AA. VV., *Teología en el tiempo. Veinticinco años de quehacer teológico*, Ed. Aldecoa, Burgos 1995, 506 pp., 15 x 24

«Teología en el tiempo» es el volumen con el que la Facultad de Teología del Norte de España conmemora el 25º aniversario de su reconocimiento, ocurrido en 1967. El Claustro de profesores ha dedicado este libro al quehacer Teológico del periodo 1967-1992, que presenta un momento decisivo para la teología católica, recién acabado el Concilio Vaticano II.

El volumen ofrece por áreas una visión panorámica de la situación Teológica en el tiempo posconciliar, con una valoración, directa e indirecta, que tienen cuenta los aspectos sapienciales, científicos, y prácticos de la Teología. El libro no permanece por tanto a nivel puramente informativo, sino que contiene también considerable reflexión y el esbozo de un proyecto teológico. Refleja asimismo la preocupación de que la Teología que implícitamente se propone en

estas páginas, permanezca permeable al rigor científico, proteja la fe del pueblo cristiano, y sirva a la praxis eclesial en todos sus niveles y proyecciones.

El volumen se estructura en una Presentación, un estudio introductorio sobre los Antecedentes de la Teología posconciliar (Nicolás López M., 11-39), y cuatro secciones, dedicadas a Filosofía y Teología fundamental (43-166), Teología Dogmática (169-358), los Sacramentos en la vida cristiana (361-435) y Teología y espiritualidad (439-497).

Los autores han logrado imprimir en el conjunto de sus ensayos un tono optimista y positivo acerca del trabajo teológico que se desarrolla en la Iglesia, y desde luego en nuestro país. Han adoptado también la saludable opción de suministrar al lector los datos relevantes, para que sea él quien juzgue en cada caso, sobre los méritos o inconvenientes de las propuestas teológicas que se exponen.

La *sección primera* contiene seis estudios, que se ocupan de la relación filosofía-teología (Juan de Sahagún, 43-59), el lenguaje moral (Daniel Simón, 61-74), filosofía del lenguaje y teología (75-96), lugares teológicos (Raúl Berzosa, 97-112), revelación (Martín Mazo, 113-132), e interpretación de la Biblia (133-162).

Juan de Sahagún orilla prudentemente el espinoso problema de la fragmentación teológica causada en ocasiones por el uso acríptico de la filosofía, aunque la lectura de su artículo sugerirá a muchos lectores la conveniencia de una teología más orientada hacia su objeto y menos preocupada por el modo de conocerlo, es decir, una teología más «teológica» y menos «epistemológica».

Jesús Justa ofrece una descripción precisa de las numerosas posturas modernas sobre el lenguaje, que han dejado huellas tan importantes en la Teología. Es un artículo básicamente informativo,

que permite también al lector hacer sus propias reflexiones. Un tema difícil es resumido con acierto.

La *sección segunda* agrupa siete trabajos, que versan sobre el tratado de Dios (Santiago del Cura, 169-202), Cristología (Eloy Bueno, 203-238), Gracia (Ciro García, 239-260), Antropología cristiana (261-268), pecado original (Alejandro Martínez S., 269-284), Eclesiología (285-308), y Escatología (Santiago del Cura, 309-358).

Puede decirse que los autores demuestran buena información y sobre todo equilibrio al adentrarse en cuestiones cuyo tratamiento está lejos de lograr un consenso. Los estudios resultan por lo general claros y sugerentes. Respetan la complejidad de la situación teológica que describen, pero imprimen en ella un esquema inteligible y orientador.

Algunos de los tratados dogmáticos que aquí se analizan se encuentran en un momento de transición. Han abandonado planteamientos manualísticos y esencialistas, sin encontrar aún un marco unitario y una estructura bien articulada en la que organizarse.

La *sección tercera* comprende cinco estudios, sobre Sacramentos en general (Nicolás López M., 361-384), Eucaristía (José A. Abad 385-406), Penitencia y Unción de enfermos (Nicolás López M., 407-418), y Orden sagrado (Nicolás López M., 419-435).

Un aspecto común a estos trabajos es su dependencia consciente de la Sacramentaria renovada que deriva de autores como H. de Lubac, O. Semmelroth, y H. U. von Balthasar. Lo sacramental, que refleja la celebración del Misterio cristiano, corresponde a la esencia de lo cristiano, y sólo resulta inteligible en el marco de la Iglesia, que es signo, a su vez, de la realidad de Jesucristo y de la Trinidad.

La *cuarta sección* se compone de tres artículos, que versan sobre la Espiritualidad y su definición (Eulogio Pacho 439-460), y la relación entre Iglesia, cultura y espiritualidad (Saturnino López S., 479-497).

La relativa brevedad de esta sección, comparada con el conjunto del volumen, permite sin embargo, hacerse una idea cabal de la importancia creciente que la Teología espiritual adquiere en el edificio teológico, así como los estrechos vínculos que la unen a la dogmática.

J. Morales

HISTORIA DE LA IGLESIA

Raymond LE COZ, *Histoire de l'Église d'Orient. Chrétiens d'Irak, d'Iran et de Turquie*, Les ed. du Cerf, Paris 1995, 441 pp., 14,5 x 23,5

Se trata de la historia de las Iglesias implantadas originariamente en Mesopotamia, fuera del imperio romano. La Iglesia de Oriente de que aquí se habla —aclara el A., p. 11— no abarca lo que habitualmente en Occidente designamos con la expresión «Iglesias orientales»: en ellas incluimos todas las Iglesias que no pertenecen al rito latino (ortodoxas, coptas, armenias, etc.). Y, sin embargo, para esta «Iglesia de Oriente» de Irak, Irán y Turquía, todas las demás pertenecen a la Iglesia de Occidente, puesto que originariamente nacieron en territorio imperial romano. También es llamada «Iglesia de Persia o de los persas» por razón de su implantación geográfica en el momento de su nacimiento, aunque posteriormente desbordó este marco geográfico para extenderse por Asia.

Otro nombre con que se denomina es el de «Iglesia siríaca oriental», por razón de la lengua litúrgica utilizada por los fieles. Se denomina *oriental* aquí pa-

ra diferenciar esta Iglesia de los jacobitas, fundadores de la Iglesia siríaca contemporánea. Pero es sobre todo conocida en la historiografía como «Iglesia nestoriana». Paradójicamente esta denominación ha sido rechazada por sus propios fieles, puesto que Nestorio ni la fundó, ni conocía su lengua, ni fue Patriarca en ella: Nestorio simplemente coincidió con la fe que ellos habían mantenido antes que él, y que, a su juicio, el concilio de Efeso modificó (aunque posteriormente se ha reconocido su distancia con Nestorio). Por diversos motivos, los viajeros latinos de la Edad Media asumieron esta expresión tomándola de los monofisitas y melkitas.

La denominación «nación asirio-caldea», también aplicada a esta Iglesia de Oriente, hace referencia al espacio geográfico y cultural de origen y vida, aunque hoy aparezca dividida en Iglesia caldea (unida a Roma), e Iglesia asiria (separada de Roma).

Todas estas anotaciones nos introducen en la vida multisecular de una Iglesia cristiana bastante desconocida entre nosotros —hay que reconocerlo con pesar. Y, sin embargo, su historia y existencia actual representan un patrimonio de gran interés para la comprensión de muchos aspectos de la vida de la Iglesia de ayer y hoy.

El A. nos introduce —mostrando verdadero afecto, cabe decir— en la historia, vida, costumbres, instituciones, avatares (luces y sombras), de la Iglesia de Oriente, queriendo remediar un olvido histórico e injusto. De otra parte, resulta apasionante la información que ofrece sobre la Iglesia en países como Irak, Irán o Turquía; la convivencia con el Islam o los mongoles; o la expansión misionera en Asia e India (Iglesia malabar, etc.). El trabajo abarca también los últimos acontecimientos en la zona (políticos, y también bélicos por desgracia) hasta nuestros días.